

Regionalismo y nacionalismo en el siglo XIX: la batalla de los conceptos (País Vasco, Flandes y Frisia)*

Barbara VAN DER LEEUW

Instituto de Historia Social Valentín de Foronda (Universidad del País Vasco)

El 29 de febrero de 1884 falleció en San Sebastián el escritor y editor guipuzcoano José Manterola. Sus contemporáneos resaltaron sus aportaciones a la cultura vasca en general y al euskera en particular, y las enmarcaron en el llamado Renacimiento euskaro. En el diario fuerista *El Noticiero Bilbaíno* se valoró la producción del difunto en términos diferentes, criticándose la creencia de que preexistía un ente vasco latente que habría vuelto a nacer gracias a la labor de ilustres literatos como Manterola:

Nosotros solo vamos a decir algo de lo que por público y notorio sabemos del escritor guipuzcoano todos los que hemos seguido con algún amor, no el renacimiento, porque la palabra *renacer* supone, por necesidad, existencia y muerte anteriores, sino el nacimiento o más bien el florecimiento de la literatura euskara¹.

Mediante este ejemplo nos aproximamos a la cuestión nuclear de este artículo: en qué medida los historiadores estamos facultados para alterar la terminología que utilizaron los sujetos de nuestras investigaciones para caracterizar su realidad vivida. Para responder a esta pregunta principal nos centramos en los movimientos regionalistas que surgieron en el siglo XIX en tres territorios de Europa occidental, el País Vasco, Flandes y Frisia, así como en los nacionalismos de carácter separatista que aparecieron en las dos primeras zonas en el cambio entre los siglos XIX y XX. Sostenemos que es necesario realizar más estudios comparativos a nivel internacional sobre regionalismo y nacionalismo, ya que nos ayudan a contextualizar los diferentes casos en el marco europeo que les corresponde². Si analizamos críticamente la terminología que utilizaron nuestros protagonistas en relación con la que ha sido manejada posteriormente en la literatura académica, es posible profundizar en la compleja relación entre el regionalismo y los procesos de nacionalización a nivel de región y de Estado, huyendo de las tesis sobre la excepcionalidad local y de conclusiones erróneas sobre supuestas semejanzas y diferencias entre movimientos sociopolíticos.

A la hora de conceptualizar estos fenómenos históricos observamos dos grandes tendencias en la literatura académica. Una corriente es propensa a interpretar las acciones de los protagonistas atribuyéndoles motivaciones prenacionalistas (de separación) de las que ellos no hicieron gala explícitamente, obviando así su posible papel en el proceso de nacionalización del Estado. Esto se debe bien al nacionalismo



Artículo recibido el 6-3-2017 y admitido a publicación el 18-05-2017.

*. Agradecemos a Raúl López Romo y Fernando Molina su lectura y sugerencias. Este estudio se ha realizado dentro del proyecto de investigación HAR2014-51956-P.

1. *Manterola-ri: Donostian 1884*, San Sebastián, s.f., p. 4.

2. Véase el dossier sobre la internacionalización de la historiografía española coordinado por Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42/2 (2015).

metodológico con el que operan ciertos autores³, bien a la explicación de lo más antiguo en función de lo más reciente, como si lo primero llevara de forma natural y lineal a lo segundo. Otra tendencia se muestra proclive a reproducir los términos que los propios protagonistas empleaban para referirse a sí mismos como colectivo.

De partida, diremos que parece más respetuoso con los diferentes contextos históricos obrar de esta última manera. Sin embargo, este procedimiento tampoco resulta enteramente satisfactorio porque, como veremos, limita las posibilidades de la comparación internacional. Sostenemos que es pertinente combinar, por un lado, la intervención del historiador para clasificar su objeto de estudio, ya que de otro modo no sería posible realizar una comparación con un mínimo de rigor conceptual, y, por otra parte, el análisis de los conceptos a los que recurrían los propios protagonistas, porque son elocuentes de su cultura. Al mismo tiempo, nos preguntamos críticamente si sigue siendo conveniente hablar de regionalismo en relación con el fenómeno de hacer nación desde la región, teniendo en cuenta que “regionalismo” no fue precisamente el concepto más habitual en el siglo XIX.

En estas páginas resumiremos primero las principales corrientes historiográficas para el estudio del regionalismo. Además, esbozaremos la evolución de este fenómeno histórico a nivel europeo y en los tres territorios mencionados. Mostraremos después los diferentes términos empleados por los movimientos regionalistas para referirse a sus ámbitos geográficos y a sus habitantes. Antes de las conclusiones, profundizaremos en los conceptos que se han aplicado en las historiografías de los tres países, comprobando cuáles son las diferencias y similitudes con lo descrito en el anterior apartado.

46

Regionalismo: evolución histórica y tratamiento historiográfico

Aquí hacemos uso del concepto “*cultivation of culture*” para referirnos a la labor emprendida por los movimientos regionalistas a lo largo del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX en Europa, y concretamente en territorios como Flandes, el País Vasco y Frisia. Dicho término ha sido desarrollado por el historiador y experto en literatura comparada Joep Leerssen, quien lo define de la siguiente manera:

*the new interest in demotic, vernacular, non-classical culture and the intellectual process that constitutes such vernacular culture, not merely as a set of trivial or banal past times, or as picturesque manners and customs, but as something which represents the very identity of the nation, its specificity amidst other nations. This cultivation of culture underpins, I contend, nationalists' scholarly, creative and political-propagandist concern with language, with folktales, history, myths and legends, proverbs, ancient tribal/legal antiquity, mythology, antique heirlooms, etc*⁴.

3. Utilizamos aquí la definición de nacionalismo metodológico elaborada por Andreas WIMMER y Nina GLICK SCHILLER: “*Methodological nationalism is understood as the assumption that the nation/state/society is the natural social and political form of the modern world*”. Estos autores, que se centran en la influencia de dicha práctica sobre las ciencias sociales y más específicamente sobre estudios en torno a las migraciones, resaltan tres modos diferentes: ignorar el marco nacional de la modernidad, naturalizar los discursos nacionales y reducir los análisis a lo que ocurría dentro de las fronteras de los Estados-nación (“*Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and social sciences*”, *Global Networks*, 2/4 (2002), p. 301).

4. Joep LEERSSEN, “Nationalism and the Cultivation of Culture”, *Nations and Nationalism*, 12/4 (2006), p. 568.

Para interpretar los motivos de los “cultivadores culturales” es preciso tener muy presentes las definiciones de regionalismo y nacionalismo. Eric Storm describe al primero como “*the movement that promoted the study and reinforcement of regional identity*”⁵. El regionalismo sería así un movimiento que refuerza sentimientos de afinidad hacia el espacio local, hacia lo propio, interpretándolo como algo ceñido a un ámbito geográfico reducido y manteniendo una serie de peculiaridades histórico-culturales, sin plantear, a partir de ellas, reclamaciones de separación política. Dicho movimiento (o movimientos, en plural, dada su diversidad) se manifestó de diferentes maneras en los países europeos: en algunos casos se llegó a pedir autonomía cultural y política, en otros no⁶.

Por su parte, entendemos que el nacionalismo es un discurso identitario⁷ “que imagina la comunidad de una manera particular (como nacional)” y que privilegia dicha forma de identidad colectiva sobre otras. El nacionalismo busca poder político, “*ideally (if not exclusively or everywhere) in the form of a state for the nation (or nation-state)*”⁸ y define la nación en relación con un otro que no formaría parte de ella. El discurso nacionalista gira en torno a la creación de fronteras y la decisión de quiénes estarían dentro y fuera de ellas⁹.

En los debates historiográficos acerca del regionalismo se distinguen dos grandes tendencias. La primera se basa en el famoso esquema de Miroslav Hroch¹⁰, que plantea que las pequeñas naciones evolucionan a través de una serie de etapas conectadas. La segunda corriente atribuye al regionalismo sobre todo un papel en la “banalización de la nación”¹¹, es decir, en la penetración social de la identidad nacional a través de múltiples mecanismos, muchas veces discretos o inadvertidos. Las diferentes formas de entender región y regionalismo se manifiestan en las tres historiografías aquí



5. Eric STORM, “Regionalism in History, 1890-1945: The Cultural Approach”, *European History Quarterly*, 33/2 (2003), p. 253.

6. *Ibidem*, p. 252.

7. Fernando MOLINA, *La tierra del martirio español. País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 2005, p. 48.

8. Philip SPENCER y Howard WOLLMAN, *Nationalism. A Critical Introduction*, London, SAGE Publications, 2002, pp. 2-3.

9. *Ibidem*, p. 118. Para un análisis más extenso de los debates en torno a los conceptos de nación y nacionalismo, incluyendo las aportaciones de autores como Ernest GELLNER, Anthony SMITH, Umut ÖZKIRIMLI o Michael BILLIG entre otros, véase nuestra tesis doctoral “Políticas de la agonía. Regionalismos y nacionalismos en Europa 1823-1940”, Universidad del País Vasco, 2015.

10. Miroslav HROCH elaboró un esquema que divide el desarrollo de los movimientos nacionales en fases diferentes: la preocupación cultural, la llegada de activistas, cuyas demandas se dividirían en dos grupos, las políticas y las lingüísticas o culturales, y el surgimiento de un movimiento de masas. De ese autor, véanse *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, New York, Columbia University Press, 2000 [1985], y “The Social Interpretation of Linguistic Demands in European National Movements”, en Heinz HAUPT, Michael MÜLLER y Stuart WOOLF (eds.), *Regional and National Identities in Europe in the XIXth and XXth Centuries*, Alphen aan den Rijn, Kluwer Law International, 1998, pp. 68-69. LEERSSEN, “Nationalism and the Cultivation of Culture...”, p. 562.

11. Maarten VAN GINDERACHTER, “Nationalist versus Regionalist? The Flemish and Walloon Movements in Belle Époque Belgium”, en Joost AUGUSTEIJN y Eric STORM (eds.), *Region and State in Nineteenth-Century Europe. Nation-building, Regional Identities and Separatism*, New York, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 211-212.

tratadas (dentro y entre ellas) y son una de las causas que dificultan los estudios comparativos.

A nivel internacional, los trabajos pioneros de Celia Applegate y Alon Confino dedicados al análisis del regionalismo y del papel de la región en la forja de la nación son los que más eco han tenido dentro de la segunda corriente mencionada¹². En España, su influencia se percibe claramente en los contenidos de los dos únicos dosieres de revistas académicas que se han publicado hasta la fecha en castellano sobre regionalismo¹³. Bebiendo de ambos autores, historiadores como Ferran Archilés y Fernando Molina han abogado por combatir la tesis de la débil nacionalización española, subrayando la contribución de las regiones al proceso de *nation-building*¹⁴. Más allá de la dicotomía entre una nacionalización *fuerte* o *débil*, faltan estudios *desde abajo* sobre aspectos concretos, como las identidades nacionales en la vida cotidiana, algo complicado de realizar debido a las limitaciones de las fuentes.

Por otro lado, el modelo de trabajo de Hroch transmite la impresión de que el camino natural de una región con particularidades étnicas es adquirir conciencia de sí misma y pasar del regionalismo al nacionalismo. Para evitar este planteamiento mecanicista, aquí renunciamos al uso de palabras como protonacionalismo, prenacionalismo o nacionalismo cultural, que transmiten una sensación de linealidad en la evolución de los acontecimientos, como si el cultivo de una cultura entendida como propia hubiese conducido necesariamente al surgimiento de un nacionalismo separatista y no hubiese tenido un sentido intrínseco, ligado a preocupaciones concretas de un determinado momento.

48

La “opción de la identidad regional” apareció en la segunda mitad del siglo XVIII en paralelo a la expansión del patriotismo ilustrado, que estaba orientado al mismo tiempo hacia el país en su conjunto y hacia la región¹⁵. El interés por la región se manifestaba, por un lado, en el propósito de atender al bienestar y la educación de la gente, y, por otra parte, en el estudio de la cultura, la lengua, la historia, las costumbres, etc., que le serían constitutivas¹⁶. Hasta finales del siglo XIX las identidades regionales constituyeron un objeto de estudio atractivo para los notables provinciales, quienes, como miembros de las *learned societies* o asociaciones recreacionales, se dedicaban,

12. Véase Celia APPLEGATE, *A Nation of Provincials: the German Idea of Heimat*, Berkeley/Los Angeles/Oxford, University of California Press, 1990; Alon CONFINO, *The Nation as a Local Metaphor: Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.

13. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS (ed.), *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*, Ayer, 64/4 (2006) y Alcores: *Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2007).

14. Entre sus trabajos véase, por ejemplo, Ferran ARCHILÉS, “Hacer región es hacer patria. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración”, Ayer, 64/4(2006), pp. 121-147 y Fernando MOLINA, “España no era tan diferente. Regionalismo e identidad nacional en el País Vasco (1868-1898)”, en Ayer, 64/4 (2006), pp. 179-200. En esta línea ha sido publicada muy recientemente la obra de Joan Lluís MARFANY, *Nacionalisme espanyol i catalanitat: Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona, Edicions 62, 2017, que trata el caso del Renacimiento catalán, cuyos promotores, según este autor, pretendían, sobre todo, contribuir a crear un Estado nacional español.

15. Miroslav HROCH, “La identidad regional, étnica y nacional en la perspectiva histórica”, en María Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El siglo XX: Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, p. 208.

16. Miroslav HROCH, “Why Did they Win? Preconditions for Successful National Agitation”, *Belgisch Tijdschrift voor Nieuwste Geschiedenis*, 34/4 (2004), pp. 647-648.

sobre todo, a la historia, la arqueología y la geografía, y reflexionaban sobre la región desde una perspectiva nacional estatal. Lo que les importaba era averiguar el significado de la región en la historia de la patria común y no tanto ir en busca de aspectos que la alejarían de ella¹⁷.

Hacia finales del siglo XIX, el regionalismo, término originado durante la *belle époque*¹⁸, estaba a punto de entrar en una “fase crucial en la celebración del *Heimat*”. Una nueva generación se integró en los movimientos regionalistas, intentando captar a un público más amplio mediante la organización de actividades recreacionales¹⁹.

Debido, entre otras cosas, a las nuevas formas de expresión y sociabilidad para movilizar a las clases bajas y medias, el regionalismo fue evolucionando para convertirse en un movimiento de masas. En este ambiente finisecular, se empezó a reutilizar el discurso del *Volksgeist*, comparándose la nación con un organismo que constaría de partes diferentes que contribuirían a su bienestar. Ahora la atención se focalizó en la región para robustecer el vínculo entre la comunidad y la nación²⁰. El período comprendido entre las dos guerras mundiales se puede considerar como la *época dorada* de la cultura popular regionalista en Europa. El auge de los partidos fascistas desempeñó un papel importante en la evolución de los movimientos regionalistas. Muchos de éstos apoyaron los nuevos regímenes de tal corte, mientras otros se mantuvieron al margen. En todo caso, para entonces el regionalismo tenía ya una larga trayectoria.

Los tres territorios en los que nos centramos en este artículo se encuentran en Bélgica (Flandes), Países Bajos (Frisia) y España (el País Vasco peninsular). Tienen en común, entre otras cosas, el ser espacios donde se habla un idioma particular y donde se cultivó una cultura entendida como propia dentro del marco del Romanticismo. Euskera y frisón son lenguas minoritarias, a diferencia del neerlandés, que es la lengua más hablada en Bélgica, a pesar de lo cual tenía un estatus subordinado al francés. Frisia es una región uniprovincial de los Países Bajos, mientras que el País Vasco y Flandes constan de varias entidades provinciales, cada una con sus especificidades.

Fue en la primera mitad del siglo XIX cuando apareció un tímido regionalismo en los tres territorios. En el País Vasco, tras el final de la Primera Guerra Carlista surgió el movimiento fuerista, que fue fortaleciéndose en las siguientes décadas. En Frisia, los discursos regionalistas se generaron en torno a la inauguración en 1823 de un monumento en memoria del poeta Gysbert Japiks (1603-1666). Pocos años más tarde, en 1830, en el país que ahora conocemos como Bélgica estalló una revolución que lo separaría del Reino Unido de los Países Bajos. Tras la declaración de su independencia se proclamó el francés como la lengua oficial del Parlamento belga, los tribunales más

17. STORM, “Regionalism in History...”, p. 253.

18. Hasta la Gran Guerra, regionalismo siguió siendo un concepto confuso, empleado primero con respecto a Francia y en algunos debates en la Península Ibérica. Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, “Historiographical Approaches to Sub-national Identities in Europe. A Reappraisal and Some Suggestions”, en AUGUSTEIJN y STORM (eds.), *Region and State*, p. 14.

19. GINDERACHTER, “Nationalist versus Regionalist?...”, pp. 210-211. En este párrafo aparece la palabra alemana *Heimat*, la cual no se deja traducir al inglés simplemente como *homeland*, sino que tiene una connotación más amplia, refiriéndose a lo que la región y la nación tendrían en común: “*the effort, for better or for worse, to maintain ‘community’ against the economic, political, and cultural forces that would scatter it*”. (en Applegate, *A Nation of Provincials*, 1990, p. 6).

20. STORM, “Regionalism in History...”, pp. 254-255.



altos, el Ejército y la administración central. El francés también era el idioma utilizado en las administraciones y tribunales provinciales y, a veces, incluso en los consejos municipales en la región flamenca, donde el 95% de la población hablaba neerlandés²¹. Todavía no había surgido la tendencia a dividir el país entre flamencos y valones, sino que se expresaba un patriotismo belga: las subidentidades sociales, culturales o regionales que fueron construyéndose en Flandes no se oponían a Bélgica²².

Eso no obsta para que un sentimiento de agonía cultural predominara en los discursos regionalistas en los tres territorios hasta finales del siglo, aunque de formas un tanto diferentes. El movimiento regionalista frisón insistía en la pérdida de la cultura, el carácter y la lengua frisona, mientras que en el País Vasco lamentaban, sobre todo, la (temida) abolición de los fueros; los *vlaamsgezinden* (simpatizantes con el flamenco) subrayaban la postergación del idioma vernáculo en la sociedad belga y el deseo de elevarlo. En los tres casos se señalaba la existencia de un pueblo moribundo, inconsciente de su ser, progresivamente despertado de su sueño tras la llegada de determinadas figuras, que habrían resultado clave para agitar conciencias.

En el siglo XIX algunos movimientos regionalistas decidieron participar en el juego político y manifestarse en la calle, mientras otros no lo hicieron. El flamenco y el vasco plantearon reivindicaciones como la recuperación de los fueros o la creación de leyes lingüísticas para mejorar la posición de los neerlandófonos. Sin embargo, a pesar de que la cuestión flamenca se fue introduciendo en el escenario político, aquella siguió siendo un asunto marginal²³. El movimiento regionalista frisón, formado en esta época por un pequeño grupo de intelectuales, se centró en la cultura²⁴.

Los movimientos regionalistas en los tres territorios tenían en común ser la expresión de identidades territoriales múltiples, lo que en algunos casos tomaba la forma de un nacionalismo estatal²⁵. En la última década del siglo XIX, a la par que

21. Louis VOS, “Van België naar Vlaanderen”, en Kas DEPREZ y Louis VOS (eds.), *Nationalisme in België: Identiteiten in beweging 1780-2000. Over Belgen, Vlamingen, Walen, Franstaligen, Brusselaars, Duitstaligen, Fransen, Groot-Nederlanders en Nieuwe Belgen*, Antwerpen/Baarn, Houtekiet, 1999, pp. 91-92.

22. Marc REYNEBEAU, *De geschiedenis van België*, Tielt, Lannoo, 2009 [2003], p. 29. Sobre las lealtades de los habitantes de Bélgica hacia sus comunidades locales ha escrito Tony JUDT, quien constata que “la mayoría de los habitantes de la región solo se identificaban con su comunidad local”. Incluso vio esta tendencia todavía en la actualidad: “Incluso hoy, Bélgica es el único país en Europa en el que la identificación con la localidad inmediata es mayor que con la región o el país en la imaginación popular” (*Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Santillana, 2008, p. 229).

23. Eliane GUBIN y Jean-Pierre NANDRIN, “II 1846-1878: Het liberale en burgerlijke België”, en Els WITTE, Jean-Pierre NANDRIN, Eliane y Gita DENECKERE, *Nieuwe geschiedenis van België I 1830-1905*, Tielt, Lannoo, 2005, p. 413.

24. Gjalt ZONDERGELD, “Separatismus und Regionalismus in den Niederlanden seit 1814”, en Jürgen P. NAUTZ y Joachim Friedrich Erwin BLÄSING (eds.), *Staatliche Intervention und gesellschaftliche Freiheit, Staat und Gesellschaft in den Niederlanden und Deutschland im 20. Jahrhundert*, Melsungen, Kasselerer Forschungen zur Zeitgeschichte, 1987, p. 15.

25. La concepción de lo local como “hogar de la nación” (el *Heimat*) no solo ocurrió en los tres casos aquí a estudio. Por ejemplo, después de la guerra con Alemania de 1870-1871, las autoridades de la Tercera República francesa buscaron un nuevo tono patriótico que resaltaba la diversidad del territorio, la cual ya no era considerada un obstáculo para la unidad francesa. En palabras de Anne-Marie THIESSE: “*Pas plus qu’elles ne peuvent dans ce cadre entrer en conflit avec le national, les entités locales ne peuvent être pensées comme conflictuelles entre elles, quand bien même elles entretiennent des échanges économiques et démographiques inégaux*” (*Ils apprenaient la France. L’exaltation des régions dans le discours patriotique*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l’homme, 1997, pp. 4-5).

Sabino de Arana empezó a difundir su discurso nacionalista vasco, en Flandes apareció una nueva generación de *vlaamsgezinden*, los llamados *flamingantes* culturales, que defendía una ampliación o profundización de la postura regionalista. Ya no se encontraba lo propio únicamente en el idioma, sino también en la cultura en su conjunto, el arte o la economía, defendiéndose una emancipación política, social y cultural de Flandes²⁶. No obstante, aquí importa la periodización, y hay que dejar claro que el nacionalismo flamenco no surgió hasta la Gran Guerra. Con su aparición, se generaron enfrentamientos entre separatistas (llamados *maximalistas* o *activistas*) y regionalistas (*minimalistas* o *pasivistas*). Al contrario que estas erupciones nacionalistas en Flandes y el País Vasco, el movimiento regionalista frisón se limitó a tomar los primeros contactos con la política en este período, siempre lejos de veleidades separatistas²⁷. No obstante, puede inducir a confusión el hecho de que en las primeras dos décadas del siglo XX surgieran nuevas asociaciones culturales frisonas, una de las cuales, *Jongfryske Mienskip* (Joven Comunidad Frisona), fundada en 1915 por Douwe Kalma, tras unos años de funcionamiento adoptó un rumbo que el propio líder llegó a calificar como nacionalista. Pese a esa autodefinición, sus objetivos no coinciden con la definición de nacionalismo que utilizamos aquí²⁸.

Los conceptos de los protagonistas

Si decidiéramos recurrir solo a los conceptos empleados en la época para realizar nuestra exposición, reproduciríamos también algunos que tienen una carga peyorativa, como el citado de *pasivistas*. Es preciso tener éste en cuenta para mostrar cómo fue una visión crítica de la realidad, pero sin asumirlo como nuestro, para evitar descalificar implícitamente las aspiraciones de parte de los contemporáneos. En este apartado analizamos diversas expresiones con las que los protagonistas se referían a sus territorios y a sus gentes, lo que nos ayudará a comprender mejor el regionalismo y el papel de la región en los procesos de nacionalización. La selección de fuentes procede de los discursos conmemorativos en torno a figuras que, tras su fallecimiento, fueron alabadas por haber realizado una labor de promoción de la cultura y la lengua vernáculas²⁹.

La utilidad de las fuentes relacionadas con la muerte radica en que ayudan a entender los procesos históricos en los ámbitos de la cultura, la sociedad y la política, ya

26. VOS, “Van België naar Vlaanderen”, p. 94; Louis VOS, “Shifting Nationalism. Belgians, Flemings and Walloons”, en Mikulás TEICH y Roy PORTER (eds.), *The National Question in Europe in Historical Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 136-137.

27. Esta diferencia entre los casos ha tenido peso a la hora de hacer la selección de los movimientos regionalistas en Europa aquí estudiados. No buscábamos que fueran lo más parecidos posibles, porque el objetivo de una comparación no es únicamente señalar las similitudes, sino también las desemejanzas. Raúl LÓPEZ ROMO, *Años en claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi (1975-1980)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2011, p. 23.

28. Hay otros, como Piet HEMMINGA, que lo definen como “nacionalismo periférico” (“Regio en nationalisme. Over het nationalisme van drie bewegingsorganisaties”, 2002, <https://pure.knaw.nl/portal/files/657184/Foardracht_Regio_en_Nationalisme_310502.pdf >; consulta 9-6-2016).

29. La selección de fuentes que aparece a lo largo de este artículo constituye una parte de las que consultamos para la realización de nuestra tesis doctoral “Políticas de la agonía. Regionalismos y nacionalismos en Europa 1823-1940”, donde comparamos las diferentes características de los movimientos regionalistas y nacionalistas en el País Vasco, Flandes y Frisia.



que la muerte forma una parte intrínseca de la construcción y reinención de las identidades colectivas³⁰. La formación de identidades territoriales no solamente abarca a los vivos, sino también a los difuntos, quienes suelen desempeñar un papel importante, puesto que ya no pueden hablar y sus palabras se (re)interpretan e instrumentalizan de la manera que más convenga al grupo³¹. El patriotismo y la conciencia de formar un colectivo al que le correspondía un territorio se reforzaron en los siglos XIX y XX mediante la celebración de rituales fúnebres. En los discursos ceremoniales se repetía la idea de la pertenencia a un determinado pueblo y se insistía, ante el cuerpo presente, en la unión del mismo³². Las huellas del fallecido, sus restos físicos, sus testimonios o los textos sobre él, servían como prueba de que los individuos y los grupos a los que habían pertenecido (o las civilizaciones, como escribe Louis-Vincent Thomas) existían en verdad más allá de la desaparición de algunos de sus más insignes representantes³³.

Lo que nos interesa aquí es comprobar, sobre todo, cómo se catalogaba afectivamente (*en caliente*, podemos decir) al espacio considerado como propio y a sus habitantes, y no tanto cómo se nombraba *en frío* a esos territorios en un plano geográfico o administrativo. Aun así, nos detendremos a continuación muy brevemente en esto último para entender la primera terminología dentro su contexto. Por ejemplo, en el caso frisón aparece el término Frisia en numerosas ocasiones en lengua vernácula: *Fryslân*. Sus habitantes eran los *Friezen* (frisones) y se empleaba el adjetivo *Friesche/Fryske* (frisón). Además del deseo de aportar al desarrollo de la patria neerlandesa, la construcción o la búsqueda de lo propio frisón también contribuyó a la asignación de un lugar distintivo a Frisia dentro del marco estatal neerlandés y conllevó una mayor cohesión dentro de la provincia³⁴. En resumen, aquí no había tanta pluralidad terminológica como en los otros casos, gracias sobre todo a que Frisia era relativamente homogénea (uniprovincial).

Tras la independencia de Bélgica, desde el movimiento regionalista flamenco, que acababa de nacer, se proclamó su pertenencia a entidades entonces tenidas como compatibles e intercambiables: Flandes (*Vlaanderen* o *Vlaenderen*) y Bélgica (*België*). Al mismo tiempo, entre los primeros apologistas de la lengua flamenca había también orangistas, para los que su patria eran los Grandes Países Bajos. Éstos defendían la reconstrucción del Reino Unido de los Países Bajos (formado por Bélgica, Holanda y Luxemburgo), si bien esta tendencia desapareció rápido, ya que el orangismo organizado fue, sobre todo, un movimiento elitista y francófono³⁵. Hacia los años 60 del

30. Monica BLACK, *Death in Berlin: From Weimar to Divided Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 6.

31. Marc Howard ROSS, "Cultural Contestation and the Symbolic Landscape: Politics by Other Means?", en Marc Howard ROSS (ed.), *Culture and Belonging in Divided Societies: Contestation and Symbolic Landscapes*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press PENN, 2009, p. 6.

32. Andreas STYNEN, *Een geheugen in fragmenten: Heilige plaatsen van de Vlaamse beweging*, Tielt, Lannoo, 2005, p. 175.

33. Louis-Vincent THOMAS, *La mort en question: Traces de mort, mort des traces*, Paris, L'Harmattan, 1991, p. 498.

34. Goffe JENSMA, "Om de erfenis van Friso. 175 jaar Fries Genootschap", en Johan FRIESWIJK, et al., *De Vrije Fries 82 Genootschapscultuur in Friesland: Het Fries Genootschap 1827-2002*, Leeuwarden, 2002, p. 53.

35. STYNEN, *Een geheugen in fragmenten*, pp. 23-24. Véase también Els WITTE, *Het verloren koninkrijk. Het harde verzet van de Belgische orangisten tegen de revolutie 1828-1850*, Antwerpen, De Bezige Bij, 2014.

siglo XIX se empezó a utilizar más habitualmente las palabras Flandes y flamencos para referirse al territorio y la población neerlandófono³⁶. Como los *vlaamsgezinden* estaban en contra del extendido afrancesamiento de Bélgica, estos términos fueron adquiriendo paulatinamente una connotación de tensión con el Estado belga. Sin embargo, al mismo tiempo las élites recurrían al ingrediente flamenco para fortalecer la nación belga³⁷. Parecía conveniente insistir en lo propio belga, o más bien flamenco, para combatir el afán expansionista de Francia: en el elemento flamenco se encontraba algo que distinguía notablemente a ambos países³⁸.

En los discursos políticos fueristas, al área actualmente ocupada por la Comunidad Autónoma de Euskadi se le llamaba, sobre todo, Provincias Vascongadas. Al principio del reinado de Isabel II se empezó a hablar también de País Vascongado. El concepto de provincias hermanas, creado ya antes del siglo XIX, era empleado especialmente por las autoridades forales. En el siglo XIX se utilizaba País Vasco sobre todo fuera de España, por ejemplo entre los vascófilos franceses. Esta noción ganó terreno en la segunda mitad del siglo XIX en los discursos políticos. También se empleaba el vocablo País euskaro, que tenía una connotación tanto cultural como política. En los medios de comunicación se recurría al término Vasconia, a la par que aparecían las palabras Euskalerra y Euskeria.³⁹ Esta pluralidad terminológica es la mayor de los tres casos aquí tratados. Aunque no haya que verlas como esferas independientes, desde la cultura y la política se subrayaban aspectos diferentes (unas veces el euskera, otras los fueros o la unidad de los territorios vascos) y se empleaban términos que enfatizaban una u otra cuestión, si bien el uso de los conceptos fue mezclándose.

A lo largo del siglo XIX, el adjetivo vascongado, usado sobre todo por políticos, fue sustituyendo cada vez más a los gentilicios provinciales: vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses. El término vasco tuvo una recepción más rápida en los medios literarios que en los políticos, aunque también fue apareciendo en este último ámbito. En la segunda mitad del siglo XIX, en los discursos políticos se aludía indistintamente a vascongados, vascos y euskaros⁴⁰.

En numerosos textos políticos, estas apelaciones iban acompañadas de expresiones de amor, lealtad y entrega de los vascos a España. Hasta el año 1839, las manifestaciones sobre la pertenencia a España se centraban, sobre todo, en la relación con la Corona. Después de la Primera Guerra Carlista, se aludió más en general a la españolidad de las provincias vascas y los políticos locales insistieron en que la

36. Lieve GEVERS, Arie W. WILLEMSSEN y Els WITTE, “Geschiedenis van de Vlaamse Beweging”, en Reginald DE SCHRYVER (red.), *Nieuwe encyclopedie van de Vlaamse Beweging*, Tielt, Lannoo, 1998. CD-ROM.

37. Marnix BEYEN, “A Parricidal Memory: Flanders’ Memorial Universe as Product and Producer of Belgian History”, *Memory Studies*, 5 (2012), p. 35; Marc REYNEBEAU, *Het klauwen van de leeuw. De Vlaamse identiteit van de 12de tot de 21ste eeuw*, Leuven, Van Halewyck, 1995, p. 114; VOS, “Shifting Nationalism...”, p. 134.

38. Marc REYNEBEAU, *De droom van Vlaanderen: Of het toeval van de geschiedenis*, Antwerpen, Manteau/Standaard Uitgeverij, 2002, pp. 167-168.

39. Coro RUBIO, *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 39-44.

40. *Ibidem*, pp. 46-48.



conservación de los fueros no rompía la unidad constitucional⁴¹. En el fondo, el “fuerismo fue, pues, el discurso político que españolizó a los vascos en el siglo del nacionalismo”, fundamentado sobre la idea de una compaginación no solamente entre lo vasco y español, sino también entre “lo provincial y lo nacional, lo étnico y lo ciudadano”⁴². En el último tercio del siglo XIX, el patriotismo español se debilitó de alguna manera, generándose un “sentimiento anticastellano en el País Vasco” (resultado del final de la Segunda Guerra Carlista y la consiguiente abolición foral) y en algunos sectores de la clase política se creó “una visión de la dualidad vasco-española”, entendida como algo contrapuesto⁴³.

En resumidas cuentas, distinguimos dos principales líneas interpretativas sobre el discurso fuerista decimonónico. Una resalta el debilitamiento del españolismo tras la abolición de los fueros, mientras otra incide en el carácter del fuerismo como “nacionalismo de signo provincialista y regeneracionista” y en su “retórica españolista”⁴⁴. Hemos podido comprobar que las fuentes en torno a la muerte de ciertas figuras clave del regionalismo vasco contenían referencias tanto a la oposición como a la compatibilidad identitaria, predominando la exaltación de lo propio sin mencionarse sentimientos antiespañoles.

El uso de nombres como tierra, país, pueblo, raza, patria, provincia, región, nación o nacionalidad para describir el espacio considerado como privativo es elocuente de las diferentes culturas y aspiraciones en liza; es útil para comprobar, entre otras cosas, en qué medida las lealtades territoriales eran dobles o exclusivas y cómo aportaban en ese sentido a la nacionalización del Estado o solamente a la de la región. Por ejemplo, el término tierra se usaba en los tres casos, tanto antes como después de la aparición de separatismos. Los títulos de algunos órganos de prensa contenían esta palabra, como *Tierra Vasca* u *Ons Land* (Nuestra Tierra). El concepto conectaba bien con sociedades predominantemente rurales, en las que la tierra no solo tenía un sentido figurado, sino explícito, y frecuentemente iba acompañado con metáforas de su mismo campo semántico: cultivar, cosechar, fertilidad, terreno seco, malas hierbas, etc. Muchas de esas metáforas relacionadas con la tierra y las labores del campo tenían, además, un origen bíblico, por lo cual resultaban doblemente familiares para la cultura de sus destinatarios.

Como estamos hablando de “comunidades imaginadas”⁴⁵, las metáforas eran muy versátiles para fortalecer la sensación de estar ante un colectivo con una consistencia sólida. Como explicaron George Lakoff y Mark Johnson, muchas veces entendemos el mundo a través de metáforas, cuyo uso no siempre es deliberado, un adorno del lenguaje que usamos puntual y conscientemente, sino que las filtramos de

41. *Ibidem*, pp. 153-157. En su artículo más reciente sobre la relación entre el regionalismo vasco y la nacionalización española, Coro RUBIO subraya que el discurso fuerista no sirvió “de vehículo de socialización de la idea de nación homogénea del discurso nacionalista del liberalismo moderado”, pero “sí ayudó a la socialización de un determinado sentimiento de españolidad, de una determinada idea de España” (“Centinelas de la patria. Regionalismo vasco y nacionalización española en el siglo XIX”, *Historia Contemporánea*, 53 (2016), p. 418).

42. MOLINA, *La tierra del martirio español*, p. 104.

43. *Ibidem*, pp. 169-173.

44. *Ibidem*, p. 105.

45. Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007 [1983].

forma constante e inadvertida en nuestro discurso. Según los mismos autores, las alegorías ayudan a vincular campos que no tienen por qué estar conectados *per se*, como la naturaleza y las ideas políticas⁴⁶. De hecho, como ha indicado Alejandro Quiroga, la idea de nación se debería entender como “una narración, es decir, como un conjunto de metáforas e imágenes que se producen y reproducen en el ámbito discursivo”⁴⁷.

En este sentido, la tierra o *land* era descrita como un ente vivo, con un espíritu o alma, un cuerpo y unos órganos; un ente que, además, era capaz de sentir, de actuar, etc. Por ejemplo, en la inauguración en 1875 del monumento dedicado al escritor Eeltsje Halbertsma (1797-1858), se dijo que Frisia había sido un país que había sabido perdurar en el tiempo con el mismo nombre, como una roca tras sufrir tempestades, y al que se le habían arrancado trozos de piel⁴⁸. Otras veces se presentaba al país como un ente moribundo que debía, en una nueva alusión de raíz cristiana, ser resucitado. Por ejemplo, al escritor flamenco Hendrik Conscience (1812-1883) se le homenajeaba, porque habría “despertado la tierra flamenca a sacudidas y le ha dado una vida nueva”⁴⁹.

Como vemos, el término tierra no solía aplicarse al conjunto del territorio del Estado, sino principalmente al espacio más pequeño, añadiéndose en ocasiones el adjetivo “natal” o “nativo” para reforzar la impresión de proximidad. Esta tendencia se refleja bien en la siguiente cita de Carmelo Echegaray (1865-1925) con motivo de la muerte de Fidel de Sagarmínaga, quien destacó no solamente los servicios que éste habría prestado a “la tierra euskalduna, sino también a la patria grande, a la noble y gloriosa patria española”. En el mismo artículo se valoró su “amor nobilísimo a la patria grande” y “el amor a la pequeña patria, a la bendita tierra euskara, al solar gloriosísimo de nuestros mayores”⁵⁰.

El fomento de la fraternidad (y el paralelo temor a la segregación) latía a menudo detrás de la utilización del término tierra. Por ejemplo, en 1890 la erección de la estatua de José María Iparraguirre (1820-1881) sirvió para crear una atmósfera de camaradería: “bastaría la circunstancia de hallarnos aquí reunidos en fraternal comunión de ideas, palpitando nuestros corazones al unísono ideal del sentimiento, para ensalzar un acto que de tal modo una a los desunidos de la tierra, y les lleva a celebrar, conmovidos y entusiastas, el triunfo de un genio del país”⁵¹.

Al mismo tiempo, se vinculaban las supuestas características específicas del territorio y las de sus habitantes, puesto que se partía de la idea de que al crecer en una tierra se absorbían sus esencias. Así, tras la defunción de Antonio de Trueba (1819-

46. George LAKOFF y Mark JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 2001 [1980].

47. Alejandro QUIROGA, “La nacionalización en España. Una propuesta teórica”, *Ayer*, 90/2 (2013), p. 19.

48. Pieter Jelles TROELSTRA, *Feestrede uetspritsen yn ‘e minniste Tsjerke to Grou la ynwyngje fen it oantinken, oprjuchte ta eare fen Dr. Eeltsje Halbertsma, op ‘e 13de fen Wynmoanne 1875*, Hearrenfean, N. A. Hingst, 1875.

49. Trad. de “Begravenis van Hendrik Conscience”, *Het Handelsblad van Antwerpen* (17-09-1883). Letterenhuis [en adelante: LH], carp. C34/K.

50. Carmelo ECHEGARAY, “Apuntes necrológicos: D. Fidel Sagarmínaga”, *Euskal-Erria*, Tomo XXX/503 (30-06-1894), pp. 556-557.

51. “Iparraguirre por D. Antonio Peña y Goñi. Discurso leído en la inauguración de la estatua el 28 de septiembre de 1890”, en Antonio PEÑA y GOÑI, *et al.*, *Iparraguirre y el árbol de Guernica*. Tomo II, Bilbao, Imprenta de la Biblioteca Bascongada y Biblioteca de Fermín Herrán, 1896, pp. 7-8.



1889), Fermín Herrán (1852-1908) sostuvo que Trueba “había adquirido el sentimiento del arte por instinto y por ser vascongado -pues la libertad es ingénita en esta tierra, y fuera de ella todo nos parece esclavitud y se recuerda y se siente su ausencia más vivamente”⁵². Y si de la tierra se recibe, a la misma también se da: en numerosos pasajes se resaltaba la labor de los promotores culturales por su tierra. Por ejemplo, Guido Gezelle (1830-1899), cura y poeta flamenco, habría sido “una cadena de generosidad y sacrificio: sacrificio por su prójimo, sacrificio por su Religión, sacrificio por su Lengua, por las Letras, por su Tierra, sacrificio en honor y en prestigio”⁵³.

La palabra pueblo se usaba también en los tres casos y, al igual que tierra, aparece tanto antes como después del surgimiento de nacionalismos de separación, empleada por diferentes corrientes políticas y culturales. En el fondo, tierra y pueblo son conceptos cercanos, que remiten a la pretendida pureza y originalidad del campo. Sobre todo en el País Vasco se usaban también otras palabras relacionadas, como casa o solar, que aludían al patrimonio o a la hacienda. Existían diversas asociaciones y publicaciones que contenían “pueblo” en su nombre, como la entidad literaria flamenca *De taal is gansch het volk* (*La lengua es el pueblo*, fundada en 1836) o el diario conservador bilbaíno *El Pueblo Vasco* (1910). Se formaban combinaciones como “nuestro pueblo”, “pueblo durmiente”, “pueblo vasco/vascongado”, “pueblo flamenco”, “pueblo de hermanos”... También encontramos adjetivaciones como carácter, poeta, vida o fuerza popular⁵⁴. En general, pueblo se asociaba a la patria chica, no a España, Bélgica o los Países Bajos.

56

El pueblo era representado como una gran familia y la muerte de sus promotores culturales era contemplada como la de un allegado, como ocurrió con Antonio de Trueba⁵⁵. Sobre todo en los discursos regionalistas flamencos y frisonos, el término “pueblo” iba frecuentemente relacionado con la defensa de la lengua vernácula, porque se temía que la misma estaba en peligro de desaparición o postergada frente a otra⁵⁶. En el caso vasco, la narrativa regionalista insistía más bien en el vínculo entre pueblo y fueros⁵⁷.

En general, raza tiene una connotación más excluyente que tierra o pueblo: no suele dejar espacio para hablar de dobles pertenencias, de modo que los nacionalistas fueron quienes más emplearon ese término. Si bien a finales del siglo XIX, al menos en castellano, raza se utilizaba a veces como sinónimo de pueblo, a menudo los discursos en torno a la primera bebían de las teorías de Darwin sobre la evolución y la selección natural, llevadas al terreno de los grupos humanos. En el caso del aranismo no cabe ninguna duda: Arana hizo de la raza uno de los pilares de su argumentación. Incluso se

52. Fermín HERRÁN, “Trueba literato y vascongado: Discurso pronunciado en la Sociedad-El Sitio en la noche del 15 de noviembre de 1891”, en Ricardo BECERRO DE BENGOA, *et al.*, *En honor de Trueba*, Bilbao, Imprenta de la Biblioteca Bascongada, 1896, p. 97.

53. “Guido Gezelle”, *Biekorf*, 10/24 (invierno 1899), p. 383.

54. TROELSTRA, *Feestrede uetspritsen*, p. 9; “Eeltsje Halbertsma: Foarlêzen op it Halbertsma-feest to Grou de 8ste Oktober 1897”, *Sljucht en Rjucht* 1/37 (16-10-1897), p. 291; “Waling Dykstra”, *Yn us eigen tael*, 6 (1914), p.145; “Bij het vereeuwen van Conscience’s geboortjaar”, *De Vlaamsche Gids*, 8 (1912), p. 390.

55. MARQUÉS DE CASA TORRE, “Discurso del Sr. Marqués de Casa Torre”, *Vasconia*, 3/81 (enero 1896), p. 108.

56. “By it byld fen Dr. Eeltsje Hiddes Halbertsma”, *Sljucht en Rjucht*, 8/19 (11-06-1904), p. 151.

57. Véase, por ejemplo, *Manterola-ri: Donostian 1884*, p. 48.

buscó el prototipo de la raza vasca desde la antropología física, lo cual fue utilizado para dar un barniz de aparente legitimidad científica a una pretensión política. En Flandes y Frisia se empezó a hablar de una “raza” particular más tarde que en el País Vasco y solo entre ciertos grupos, por influencia del nacional-socialismo, la literatura *Blut und Boden* (sangre y suelo) y el colaboracionismo de nacionalistas flamencos con los nazis en la Segunda Guerra Mundial. El término se prestaba al contraste radical entre lo despreciable y lo noble: “raza impura” o “raza perversa”, por un lado, y “raza hermosa”⁵⁸ o “raza patriarcal”⁵⁹ por el otro.

Cabe añadir que existía cierta sintonía entre el uso de raza y el de otras palabras como sangre. En contextos como el flamenco, ésta ganó en importancia tras la Primera Guerra Mundial, gracias a las narrativas en torno a los miles de soldados flamencos muertos en el frente por, supuestamente, no haber entendido las órdenes en el idioma francés⁶⁰. En los discursos regionalistas frisonos se encuentran referencias esporádicas a la sangre⁶¹ o a la tribu frisona⁶². Lo que se hacía más a menudo era alabar al llamado “frisón verdadero”, visto como una especie de genuino representante local, como si el territorio imprimiera un carácter y este fuera más visible en algunos de sus habitantes⁶³. En el fondo, la atribución de rasgos esenciales, que implicaba fijar determinados estereotipos, perseguía hacer más palpable tanto la nación como la región.

La palabra patria, que etimológicamente remite al padre, se usaba desde antiguo. Estamos ante una nueva personalización: en este caso se traslada la idea de familia de la relación sanguínea a un amplio linaje alegórico, lo que se apoya en expresiones tan recurrentes como “madre patria” o “amor a la patria”. Patria, al igual que pueblo o tierra, también se usaba en los tres casos, tanto antes como después del surgimiento de nacionalismos de separación. A diferencia de los nacionalistas⁶⁴, los regionalistas tenían más de una patria y empleaban el término para referirse indistintamente al País Vasco y España, o a Frisia y los Países Bajos, como muestra el siguiente fragmento con motivo de la inauguración del monumento para Gysbert Japiks:

Es por estas razones que la Comisión encargada de la erección del monumento regala a los Países Bajos aficionados a las letras los escritos publicados, y añade el objetivo de ayudar a que sea beneficioso uno de los aspectos más útiles de la construcción de nuestra patria⁶⁵.

Además de profundizar en las tradiciones pretendidamente constitutivas de la patria y en las características que sus habitantes tendrían en común, se solía buscar a enemigos internos o externos con el objetivo de lograr una mayor cohesión dentro del

58. “Sabino Arana y Goiri”, *Patria*, 70 (25-11-1904).

59. Manterola-ri: Donostian 1884, p. 24.

60. “Onthulling van Guido Gezelle’s Borstbeeld”, *Onze Tijd* (25-04-1903), LH, carp. G3633/K; *Naar Vlaanderens Doodenveld*, Komiteit der Jaarlijksche IJzer-Bedevaart, 1924, pp. 133-134.

61. “De Redevoering die gehouden is na de ontbloting van het borstbeeld des Frieschen dichters Gijsbert Jacobs”, en *Hulde aan Gysbert Japiks bewezen in de Sint Martini Kerk te Bolsward op den 7 julij 1823*, Bolsward, A. Hessing, 1824, pp. 32-33.

62. G. A. WUMKES, “Harmen Sytstra: 1817 1917”, *Yn us eigen tael*, 9 (1917), p. 33.

63. “Gysbert Japiks II”, *Sljucht en Rjucht*, 10 (1890), p. 75.

64. “A Sabino de Arana”, *Patria*, 22 (29-11-1903).

65. *Hulde aan Gysbert Japiks*, p. vj.



colectivo. Por ejemplo, en el siguiente pasaje, donde patria solo se entiende en singular, se criticaba a los ciudadanos que no apoyaban la causa de la independencia de Flandes:

Los enemigos de nuestra existencia popular emplearán todo para ahogar el amor sagrado de nuestro pecho hacia la patria. Empero, solo extraños o bastardos seguirán mofándose, y, usted, con algún orgullo flamenco, mantendrá la cabeza alzada frente a ellos. [...] Demuéstreles que no le entusiasma un pobre amor por lo propio, ni ninguna enemistad contra lo extraño, sino que sus motivos son los sentimientos más puros y elevados⁶⁶.

Como prueba de la importancia que se le concedía, cabe indicar que en los tres territorios existieron órganos de prensa que llevaban este término en su título: *Ons Vaderland* (Nuestra Patria, Flandes, 1917-1922), *La Patria* (1901-1903) e *It Heitelân* (La Patria, Frisia, 1919-1941 y 1946-1962). Los primeros dos eran nacionalistas y el último regionalista.

Las palabras provincia, región, nación o nacionalidad no abundaban en los discursos conmemorativos decimonónicos para referirse a la patria pequeña. En comparación con los otros casos, los regionalistas vascos eran quienes más empleaban el primer término, mediante expresiones como “provincias vascongadas” o “provincias vasco-navarras”. En lugar de provincia, a lo largo del siglo XIX se preferían términos como pueblo, patria o tierra como apelativo cálido para referirse al espacio propio.

La palabra región aparecía muy ocasionalmente en los discursos regionalistas vascos, mientras que el separatismo renegaba rotundamente el empleo de este término, por considerar que su territorio era una patria o una nación, y no una mera parte de España. Tampoco en los discursos regionalistas frisonos y flamencos era un término comúnmente usado, sino que se daba preferencia a otros conceptos ya mencionados.

La terminología nacional aparecía de vez en cuando en los discursos regionalistas. Antes del surgimiento de los nacionalismos separatistas, nación era, sobre todo, usada para hablar de la “patria grande”. Por ejemplo, Ferdinand Augustijn Snellaert (1809-1872) subrayó en la inauguración del monumento dedicado al escritor flamenco Jan Frans Willems (1793-1846) que “el movimiento flamenco era la pasión constructiva de la nación”, refiriéndose con ello al país belga⁶⁷. Por el contrario, la palabra nacional parece que se empleaba más frecuentemente para referirse a los habitantes de las regiones que a la población del Estado⁶⁸, eso sí, con una connotación más étnica y geográfica (el grupo de los nacidos en un lugar) que política. Por poner otro ejemplo, tras la muerte de Eeltsje Halbertsma se recordó su contribución a la creación de una nueva literatura frisona que, a su vez, ayudaba a la “civilización del gusto de los frisonos y al ennoblecimiento de su nacionalidad”⁶⁹. Al surgir los nacionalismos periféricos, los discursos empezaron a girar en torno a la idea de nación o nacionalidad con una carga que antes esas palabras no tenían. Así, el trabajo de los promotores culturales flamencos del siglo XIX se interpretó retrospectivamente como

66. “Aenspraek van professor C. P. Serrure”, en *Gedenkzuil aen J.-F. Willems toegewyd*, Gante, Drukkery van C. Annoot Braeckman, 1848, p. 8.

67. “Aenspraek van den heer F. A. Snellaert”, en *Ibidem*, p. 20.

68. Para el uso del término en el caso vasco véase Luis CASTELLS, “El hilo enredado: Reconstruyendo patrias (o identidades): De Vasconia a Euzkadi”, en Teresa CARNERO y Ferran ARCHILÉS (eds.), *Europa, Espanya, País Valencià: Nacionalisme i democràcia: Passat i futur*, Valencia, Universitat de València, 2007, p. 203.

69. W. EEKHOFF, *De levensbeschouwing van Dr. E. Halbertsma*, 1858, p. 6.

una expresión de “pensamiento nacional flamenco” y de nacionalismo⁷⁰. Se da la circunstancia de que este tipo de reconceptualizaciones no solo han tenido presencia entre los activistas de los movimientos nacionalistas, sino que han saltado a la esfera académica, como veremos a continuación.

La terminología en la literatura académica

El historiador belga Maarten Van Ginderachter ha profundizado recientemente en los problemas conceptuales presentes en la literatura académica en torno a las regiones. Él observa que hay formas muy variadas de entenderlas: algunos consideran que son unidades étnicas y culturales; otros que son entidades económicas y geográficas; y hay quienes las tratan como simples subdivisiones políticas del Estado-nación. Además, no faltan autores que sostienen que las regiones responden a “*the artistic countercurrent in architecture, painting and literature, a counter-movement against cosmopolitan high culture that glorified rural folk, traditional dress, local architecture and vernacular culture*”. En ciertos estudios se adjetiva al regionalismo como un movimiento urbano; en otros, para terminar de complicar las cosas, como anti-urbano⁷¹.

Hay varias cuestiones que han contribuido a esta confusión conceptual⁷². En primer lugar, existe la costumbre de clasificar a los promotores culturales del siglo XIX en función de fenómenos históricos posteriores. Por ejemplo, respecto al escritor frisón Joost Hiddes Halbertsma (1789-1869), la historiadora neerlandesa Alpita de Jong aclara que deberíamos entender su mensaje y el de otros intelectuales de su tiempo como una forma del patriotismo propio del siglo XVIII, que no fomentaba todavía una identidad nacional, como posteriormente se ha querido ver, sino que pretendía que la sociedad evolucionase mediante proyectos económicos, didáctica, *history-writing*, etc., aspirando a elevar el nivel del desarrollo popular y el estatus del territorio. De Jong insiste en que a principios del siglo XIX no se produjo una sustitución drástica de esa retórica patriótica del siglo XVIII, que aludía al sacrificio por el colectivo, por otra de tipo nacionalista, que apelaba a la nación como sujeto de la soberanía, sino que ambos elementos convivieron. Dado que este es un momento de cambio en el que persisten elementos viejos y nuevos, deberíamos atender a las características de cada caso para encasillar la publicación del diccionario de un dialecto como una respuesta a un problema a nivel administrativo, como un hobby ilustrado, como una muestra del cultivo de la cultura de un pueblo/región o como una contribución a la construcción de una identidad nacional, según corresponda⁷³.

70. “Onthulling van het gedenkteeken van Herman van den Reeck op het Kielkerkhof”, *De Schelde* (10-07-1922).

71. GINDERACHTER, “Nationalist versus Regionalist?...”, pp. 211-212.

72. Eric STORM repara también en la ausencia de una terminología común. El historiador neerlandés lamenta que la mayoría de los estudios sobre regionalismo se centre solamente en una región o en algún aspecto concreto de dicha corriente, lo que lleva a que se explique su surgimiento dentro del contexto nacional específico y a que las conclusiones de los diferentes trabajos frecuentemente sean contradictorias (*The Culture of Regionalism: Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890-1939*, Manchester/New York, Manchester University Press, 2010, pp. 14-15).

73. Alpita DE JONG, *Knooppunt Halbertsma: Joast Hiddes Halbertsma (1789-1869) en andere Europese geleerden over het Fries en andere talen, over wetenschap en over de samenleving*, Hilversum, Verloren, 2009, pp. 30 y 105.



En demasiadas ocasiones la asignación de intenciones protonacionalistas, prenacionalistas o protonacionales ha ido en detrimento de la búsqueda de la complejidad y ha distorsionado las aspiraciones existentes en cada contexto. Como ha quedado dicho, estos conceptos tienen un toque finalista, como si el trabajo cultural decimonónico llevase necesariamente al surgimiento del nacionalismo y no tuviese un sentido propio, ligado a preocupaciones concretas de ese momento. José Álvarez Junco explica que de este modo se transmite la idea de que el fenómeno en cuestión sería un proyecto todavía incompleto⁷⁴.

El caso del fuerismo es un buen ejemplo para ilustrar la costumbre de catalogar ciertos fenómenos históricos en función de procesos posteriores. Los autores de *El péndulo patriótico*, la obra más celebrada sobre la historia del PNV, descubren tras la Primera Guerra Carlista un protonacionalismo vasco que habría tenido una naturaleza cultural y política⁷⁵. Sin embargo, el fuerismo tuvo una función histórica propia y hubo fueristas que posteriormente se convirtieron en nacionalistas tanto vascos como españoles. Por lo tanto, llamarlo prenacionalismo (vasco) no resulta demasiado útil para comprenderlo⁷⁶. Tampoco resulta convincente considerar que los fueristas eran protonacionalistas sobre la base de que hablaban de un enemigo del pueblo⁷⁷, puesto que las referencias a *otro* (el extranjero, el adversario ideológico...) para autodefinirse no solo se encuentran en los discursos nacionalistas, sino que preceden a éstos en numerosas expresiones de identidad colectiva⁷⁸.

En este sentido, el nacionalismo de Sabino de Arana a veces también es considerado como una consecuencia demasiado lógica del fuerismo, con afirmaciones como que éste “nos sitúa en puertas del nacionalismo sabiniano”, y que basta con que el carlismo no pudiera solucionar la cuestión foral para que luego “todo ese bagaje ideológico solo puede ser recuperado mediante un movimiento político de signo nacionalista”⁷⁹. En la misma línea, según André Lecours, “*the fueros are also central to the nationalist mobilization of the contemporary era because foralism, the movement that developed for their defense, led to nationalism*”⁸⁰. Hay que tener siempre en cuenta que el fuerismo partía de una identidad múltiple, vasca y española.

En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, deberíamos asumir que la cosmovisión y las ideologías nacionalistas han influido sobre nuestros estudios sobre identidades nacionales y regionalismo. Por ejemplo, en el caso flamenco, solo recientemente la historiografía ha experimentado una “emancipación científica de las

74. José ÁLVAREZ JUNCO, “Hobsbawm sobre nacionalismo”, en *Historia Social*, 25 (1996), p. 187.

75. Santiago DE PABLO, Ludger MEES y José Antonio RODRÍGUEZ RANZ, *El péndulo patriótico: Historia del Partido Nacionalista Vasco; 1895-1936*. Tomo I, Barcelona, Crítica, 1999, p. 28.

76. Fernando MOLINA, “‘¿Delenda est Carthago?’. La nación española y los fueros vascos (1868-1898)”, en Luis CASTELLS, Arturo CAJAL y Fernando MOLINA, *El País Vasco y España. Identidades, nacionalismos y estado (siglos XIX y XX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007, p. 68.

77. Juan José SOLOZÁBAL, “Fuerismo e independentismo. Las dos almas del nacionalismo vasco”, *Cuadernos de Alzate*, 16 (1997), p. 116.

78. José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 49 y 50.

79. Antonio ELORZA, *Un pueblo escogido: génesis, definición y desarrollo del nacionalismo vasco*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 23.

80. André LECOURS, *Basque Nationalism and the Spanish State*, Reno, University of Nevada Press, 2007, p. 38.

cadena de la política”. Esta apreciación de Jo Tollebeek, publicada en la enciclopedia sobre el “movimiento flamenco” (1998) ha sido ratificada por Marnix Beyen en 2005, basándose en los trabajos de una nueva generación de jóvenes historiadores que están deconstruyendo los mitos del nacionalismo flamenco de una forma más *radical* que autores previos, como Lode Wils⁸¹.

La costumbre de aplicar al pasado una lente nacional, incluso cuando este enfoque no formaba parte de las preocupaciones contemporáneas, ha dejado huellas visibles. Los ejemplos son numerosos: la lingüista Anne Dykstra afirma que la lengua fue uno de los ingredientes del “nacionalismo cultural” frisón y que la publicación de diccionarios era una de sus manifestaciones, interpretando que Halbertsma fue un exponente de dicha corriente⁸². El historiador Louis Vos señala que el movimiento lingüístico flamenco fue evolucionando para tomar la forma de un “movimiento nacional”⁸³ (pero sin dejar de mostrar lealtad hacia Bélgica) y, puesto que pretendía crear una vida económica, cultural y científica propia, habla del surgimiento de un “nacionalismo cultural”⁸⁴. Marc Reynebeau define el flamingantismo como una corriente “nacionalista cultural”, dado que el peso de la misma lo habrían llevado los apologistas de la lengua, el carácter, las costumbres y la mentalidad de Flandes, quienes, sin embargo, no se lanzaron a reivindicar un Estado propio a lo largo del siglo XIX⁸⁵.

En suma, algunos investigadores sobre Frisia y Flandes detectan formas de nacionalismo (cultural) en el siglo XIX, pero en el País Vasco, donde se produjo en esas fechas un proceso similar de cultivo de la cultura, hay consenso sobre la ausencia de nacionalismo centrífugo antes de Sabino Arana. Es el uso de términos como nacionalismo cultural lo que lleva a confusión y puede hacer creer que estas regiones vivieron acontecimientos históricos muy diferentes.



81. Sobre la historiografía del movimiento flamenco hasta 1995 véase Jo TOLLEBEEK, “Historiografie”, en De SCHRYVER, *Nieuwe encyclopedie van de Vlaamse Beweging*. Sobre los estudios publicadas tras la aparición de esta enciclopedia y hasta 2005 véase Marnix BEYEN, “Een uitdijend verhaal: De historiografie van de Vlaamse Beweging, 1995-2005”, *Wetenschappelijke Tijdingen*, 64 (2005), pp. 18-34. Con respecto al caso vasco, las primeras investigaciones históricas de importancia sobre el nacionalismo ya fueron llevadas a cabo en la segunda mitad de los años 70 y a principios de los 80 por profesionales no ligados a dicha corriente política, tales como Javier CORCUERA, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904* (1979) o Juan José SOLOZÁBAL, *El primer nacionalismo vasco: Industrialismo y conciencia nacional* (1975). Aun así, el nacionalismo metodológico y el predominio de una narrativa de la nación que favorecía una explicación del surgimiento del nacionalismo de forma teleológica se visualizaba en varios trabajos de esta generación de historiadores, tal como explica Fernando MOLINA, “‘El conflicto vasco’. Relatos de historia, memoria y nación”, en Fernando MOLINA y José A. PÉREZ, *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 187-191. Un ejemplo de un enfoque romántico nacionalista aplicado a los estudios sobre el movimiento regionalista frisón o la historia de la provincia de Frisia es el libro de Douwe KALMA *Skiednis fan Friesland* (1935), que parte de la idea de la existencia de un pueblo frisón a lo largo de los siglos. Una visión un tanto similar la tiene Sjoerd VAN DER SCHAAF, autor de *Skiednis fan de Fryske biweging* (1977). En cambio, se encuentra una aproximación modernista e instrumentalista en *Het rode tasje van Salverda* (1998) de Goffe Jensma (en Daniël BROERSMA, *Het wonderland achter de horizon: Groninger regionaal besef in nationaal verband 1903-1963*, Assen, Van Gorcum, 2005, pp. 16-17).

82. Anne DYKSTRA, “Het lexicon Frisicum (1872) als uiting van cultureel nationalisme”, *It beaken*, 69/ 3-4 (2007), p. 97.

83. VOS, “Van België naar Vlaanderen”, p. 94.

84. VOS, “Shifting Nationalism...”, pp. 136-137.

85. REYNEBEAU, *Het klauwen van de leeuw*, pp. 119-120.

En tercer lugar, los historiadores a veces hemos asignado a las figuras clave que estudiamos las mismas palabras con las que se refirieron a ellos algunos de sus coetáneos, quienes los instrumentalizaron post-mortem en favor de intereses del momento. Los movimientos regionalistas y nacionalistas han patrimonializado a posteriori a estos personajes, presentándolos como modelos a seguir. De esta manera, en no pocas ocasiones hemos entendido su labor incorrectamente, como parte de los discursos de dichos movimientos, sin atender lo suficiente a los motivos de nuestros protagonistas, que podían ser diversos: personales, localistas, provincialistas, regionalistas, nacionalistas, culturalistas, etc.

Si esa *repetición conceptual* acrítica es palpable en torno a ciertas figuras locales, no lo es menos en torno a los nombres que los protagonistas usaban para autodefinirse. En el caso de Flandes los términos que se suelen encontrar en la historiografía son movimiento flamenco, flamingantes y *vlaamsgezinden*. El primero, creado ya por los promotores decimonónicos de la lengua flamenca para referirse a sí mismos, ha resistido el paso del tiempo. Hemos convertido el término “movimiento flamenco” en un baúl para englobar a simpatizantes regionalistas y nacionalistas, lo que tiene el problema de que singulariza una “causa flamenca”, la de índole territorial, sugiriendo que fue la más destacada y la propia del lugar. Esto contribuye más a homogeneizar que a matizar los diferentes objetivos y contextos de las diversas corrientes políticas y culturales presentes en Flandes, y transmite una sensación de unanimidad, de que toda la población estaba implicada, que no se corresponde con la realidad. Por ello deberíamos especificar de qué corriente concreta estamos hablando, bien del regionalismo bien del nacionalismo flamenco. En la literatura académica belga este tipo de matizaciones no son comunes, ya que el regionalismo se suele asociar con el cultivo de la cultura valona, contraponiéndolo al supuesto carácter étnico y nacionalista de las demandas de sus vecinos flamencos, aunque esta distinción ha empezado a ser cuestionada recientemente⁸⁶.

En el caso de Frisia, tanto la literatura política como la académica suelen emplear un mismo concepto muy parecido al que acabamos de analizar, a saber, movimiento frisón. Con esto se engloba a diferentes grupos que pretendían conservar y cultivar la cultura frisona desde que surgieron en la primera mitad del siglo XIX hasta la actualidad. Estos grupos podían resultar muy activos o, por el contrario, trabajar en un discreto segundo plano⁸⁷. Aquí nos encontramos con el mismo problema que en el caso anterior: bajo el denominador común de movimiento frisón se etiqueta unas tendencias muy diferentes a lo largo de los siglos XIX y XX. El término tenía valor para una parte de los propios activistas culturales: les permitía identificarse entre sí y reconocerse en una larga cadena histórica, lo que daba sentido a sus actos. Pero desde el presente deberíamos especificar de qué tipo de discurso estamos hablando.

En la historiografía sobre el caso vasco, aparte de fuerismo, se suele emplear la expresión movimiento vasquista o euskaro para denominar a un conjunto de activistas de la segunda mitad del siglo XIX. El término Renacimiento euskaro es válido si se alude a la definición del período hecha por los propios protagonistas, pero no tanto como herramienta analítica.

Pese a esta dispersión conceptual, la comparación nos ha impulsado a clasificar bajo un mismo término fenómenos que presentaban una importante serie de

86. GINDERACHTER, “Nationalist versus Regionalist?...”, p. 209.

87. JONG, *Knooppunt Halbertsma*, p. 16.

características en común. Hemos definido como regionalistas las iniciativas relacionadas con el cultivo de la cultura durante el siglo XIX. Nuestros protagonistas no daban preferencia a esta palabra en el período que hemos estudiado. Este concepto tampoco suele usarse tan frecuentemente en la historiografía sobre nuestros tres casos de estudio, aunque hay excepciones. Por ejemplo, Félix Luengo concluye que el fuerismo fue una forma de regionalismo “de ambiguo contenido político y de escasa concreción ideológica”. No obstante, él se centra en el período de la Restauración, mientras que nosotros datamos su naturaleza regionalista ya para los años 40⁸⁸. Por su parte, Fernando Molina habla de un “peculiar regionalismo” dentro de un nacionalismo conservador español que transmitía una visión romántica del país, en el que cabía el vascongado como algo representativo de la nación. Molina subraya que “el fuerismo resultó un útil instrumento para imaginar España en la periferia vasca”⁸⁹. Por su parte, en un trabajo reciente Coro Rubio clasifica el vasquismo fuerista como regionalismo⁹⁰.

Xosé Manoel Núñez Seixas ha establecido una distinción clara y útil entre el regionalismo y el nacionalismo. Este historiador subraya la ausencia de reivindicación de soberanía política de los regionalistas, es decir, su falta de deseos de formar un Estado propio. Aunque los regionalistas pueden llegar a pedir “descentralización, autogobierno, autonomía política, incluso federalismo, ellos no consideran su territorio soberano e inherentemente mereciendo el derecho de auto-determinación”⁹¹. Es más discutible la diferencia que Núñez Seixas percibe en el grado de historicismo de los regionalismos y nacionalismos: “*The regionalists’ discourses as well as their repertory of images concerning the mythical past, the specificity of their culture and the collective awareness of ‘regionhood’ were much weaker and less articulated than those of (sub-state) nationalists*”⁹². Los discursos regionalistas tenían un fuerte componente historicista y nos resultaría difícil medirlo en comparación con los nacionalistas.

Compartimos con Maarten Van Ginderachter su demanda de que se realice una caracterización del fenómeno de regionalismo a gran escala y partiendo de su relación con el nacionalismo⁹³. En los territorios que hemos estudiado ha sido relativamente sencillo identificar las variantes extremas de cada movimiento, pero todo lo que había



88. FÉLIX LUENGO, “Restauración: identidad, fueros y autonomía. Liberales, republicanos y carlistas en la construcción de la identidad vasca (1876-1923)”, en Luis CASTELLS y Arturo CAJAL (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, p. 139.

89. MOLINA, ““¿Delenda est Carthago?”...”, p. 67-69.

90. RUBIO, “*Centinelas de la patria...*”. Aunque la autora defiende que el vasquismo fue una forma de regionalismo, insiste en que fue una forma atípica “por su grado de afirmación del territorio como sujeto activo de derechos y su grado de elaboración de una personalidad etnocultural”. También se refiere a la “forma atípica en el papel que los regionalismos jugaron como mecanismo informal de nacionalización española, en el sentido de que a la par que difundió la aceptación del marco nacional, con un contenido específico, socializó la idea de la diferencia y singularidad vasca su consideración como pueblo y nacionalidad diferenciada dotada de singulares derechos”. La comparación que realizamos en este artículo muestra que, al menos a nivel internacional, el discurso regionalista vasco y su papel en el proceso de nacionalización se asemejan en varios aspectos a otros regionalismos europeos, que, como el flamenco y frisión, combinaban precisamente la aceptación del marco nacional y la insistencia en la diferencia, lo cual iba variando de intensidad según los tiempos.

91. NÚÑEZ SEIXAS, “Historiographical Approaches to Sub-national Identities...”, p. 20.

92. *Ibidem*, p. 21.

93. GINDERACHTER, “Nationalist versus Regionalist?...”, p. 220.

entre medias, las zonas grises, nos han puesto a prueba a la hora de analizar dichos procesos.

Conclusiones

Al comparar los términos utilizados por los responsables del cultivo de la cultura a lo largo del siglo XIX con los conceptos empleados en la literatura académica para referirse a ese mismo proceso, hemos podido comprobar que en ocasiones los historiadores, implícita o explícitamente, hemos sido partícipes de los procesos de nacionalización y no solo intérpretes de los mismos. El predominio del pensamiento nacional ha sido el que ha conducido a estos excesos: incluso en Frisia se ha observado la existencia de peculiares *nacionalistas* que no querían separarse de los Países Bajos.

Ahora pasemos al extremo opuesto: a la hora de elaborar textos que transmitan fielmente las inquietudes de una época, ¿deberíamos limitarnos a analizar nuestros objetos de estudio mediante las palabras usadas por sus protagonistas? El antropólogo social más influyente del último tercio del siglo XX, Clifford Geertz, profundizó en la relación tensa que se establece entre las teorías con las que trabajamos y las fórmulas con las que se expresan las culturas que estudiamos. Geertz abogó por respetar la terminología usada dentro de la cultura observada para así tener “acceso al mundo conceptual” de aquellos sujetos para “conversar con ellos”, sosteniendo que “todo intento de formular la interpretación en términos que no sean los suyos propios es considerado una parodia o, para decirlo con la expresión más severa que usan los antropólogos para designar el abuso moral, como un intento etnocéntrico”. Al mismo tiempo, Geertz reconoció que a la hora de hacer etnografía este procedimiento del investigador es más necesario que en otras disciplinas “más capaces de entregarse a la abstracción imaginativa”. Así, para Geertz, “nuestra doble tarea consiste en descubrir las estructuras conceptuales que informan los actos de nuestros sujetos, lo ‘dicho’ del discurso social, y en construir un sistema de análisis en cuyos términos aquello que es genérico de esas estructuras, aquello que pertenece a ellas porque son lo que son, se destaque y permanezca frente a los otros factores determinantes de la conducta humana”⁹⁴.

Esta frase nos da la clave: para la realización de estudios comparativos hace falta combinar una interpretación de las culturas tanto en sus propios términos como mediante herramientas conceptuales y analíticas que, aun no existiendo necesariamente en aquel tiempo o lugar, tengan un significado que describa con precisión aquellas inquietudes de nuestros antepasados. Es importante, en este sentido, recurrir a una definición de partida que aclare cómo entendemos cada fenómeno. En nuestro caso, la comparación nos ha inclinado a usar el concepto de regionalismo, cuya elección ya hemos explicado, sin ignorar que este término también encierra ciertos problemas. En concreto, corremos el riesgo de trivializar *lo regional* cuando los protagonistas daban preferencia a otras palabras. De esta manera, podemos haber interpretado ciertas acciones como formas de hacer nación desde la región, cuando quizás algunos objetivos en ese momento no eran claramente nacionalizadores. Sea como fuere, nada impide calificar como región *avant la lettre* lo que nuestros protagonistas, con una alta carga afectiva, pero sin aspirar a crear un nuevo Estado, llamaron pueblo, patria, tierra o país. Es más, los regionalistas no renunciaron al uso de estos términos ni siquiera cuando se

94. *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 35-38.

desarrollaron potentes nacionalismos de separación en esos territorios. Este hecho muestra el significado ambiguo que dichos términos encerraron y debe motivarnos a no tomar partido consciente o inconscientemente en una *batalla de los conceptos*. Se trata de interpretar con el máximo rigor posible las inquietudes de nuestros protagonistas, sin sumir en el olvido o la irrelevancia histórica las motivaciones de buena parte de ellos solo porque no formen parte de las prioridades de nuestro tiempo.

